

# HISTORIA Y FICCIÓN EN LAS CRÓNICAS ARAGONESAS: CRONISTAS Y PROPAGANDA POLÍTICA EN LA EDAD MEDIA<sup>1</sup>

Juan F. UTRILLA UTRILLA  
Universidad de Zaragoza

## INTRODUCCIÓN

*Annales*, crónicas, historias, gestas, son palabras que se repiten en los títulos con los que se anuncia, en la Edad Media, una obra histórica. En ellas sus autores, generalmente clérigos anónimos, fraguaban la memoria histórica de un pueblo, reino o linaje y estaban, normalmente, destinadas a satisfacer las demandas del poder; importando menos cómo se contaban las cosas que para qué se contaban, es decir atender a las expectativas del grupo al que iban dirigidas. Se recreaba –o mejor ‘inventaba’– la historia, intercambiando narraciones fabuladas junto a mitos, tradiciones, ritos y otros acontecimientos históricos, buscando en la invención del pasado la justificación del presente, cuando no la construcción de la propia identidad nacional recurriendo a los mitos fundacionales. La cronística, en suma, vehiculaba la propaganda del propio estado hacia las élites aristocráticas que, a su vez, lo transmitían de forma piramidal al resto de la sociedad.

En uno de estos escenarios<sup>2</sup> nacionales, el viejo reino de Aragón, podemos comprobar cómo se va gestando una importante –aunque escasa–

1. Se trata del texto de una conferencia dictada en Albarracín, en septiembre de 2003, dentro del Curso de Historia Medieval de Aragón dirigido por J. L. Corral, a la que se han añadido las pertinentes notas académicas.
2. J. Á. SESMA MUÑOZ, “La creación de la memoria histórica, una selección interesada del pasado”, en *Memoria, mito y realidad en la Historia Medieval. XIII Semana de Estudios Medievales*, Nájera, 2002, pp. 13-32, define al escenario aragonés como “un observatorio privilegiado y abarcable” para estudiar en él el proceso de elaboración de la memoria histórica del pasado. Prolonga su estudio, valioso por su aportación intelectual y riguroso en el empleo de fuentes y bibliografía, hasta el siglo XVII.

labor historiográfica que será capaz de ir tejiendo toda una trama histórica, en la que se mezcla la ficción con la realidad, y que será tomada 'por las generaciones venideras' como doctrina oficial del rey<sup>3</sup> y del reino, y en la que el sentimiento 'aragonésista' irá creciendo paulatinamente desde el siglo XIII hasta culminar con la exacerbación del nacionalismo aragonés con el cronista oficial Vagad, autor de una *Coronica d'Aragón* que vio la luz impresa en la Zaragoza de 1499<sup>4</sup>. Se trataba de hacer de Aragón, como dice J. L. Corral, "un reino de reminiscencias legendarias, territorio primigenio en la gestación de la España cristiana, solar de sacros y ungidos linajes reales y cabeza gestora de nuevos reinos y estados"<sup>5</sup>.

Entre las narraciones fabuladas que han tenido una mayor difusión en la cronística medieval se encuentra el nacimiento y la muerte de Ramiro I<sup>o</sup> y, sobre todo, la noticia legendaria que relata la defensa que dicho rey realizara de su madrastra, la reina doña Munia o Mayor, esposa de Sancho III el Mayor.

Imaginemos que estamos en el siglo XI y nos encontramos en la corte pamplonesa del palacio real de Nájera. Contemplemos al rey Sancho III en majestad, requerido por mil y un asuntos importantes, y que tiene que abandonar por un tiempo su palacio dejando allí a su esposa, la reina, y a los infantes, ya entrados en años, Fernando, García, Gonzalo y su hermanastro Ramiro. El rey encarga expresamente a su esposa la custodia de su caballo preferido, adornado de un buen número de cualidades (bondad, belleza, rapidez, fortaleza, vivacidad, doma y excelencia) y que, por ello, lo consideraba como su arma principal.

Pasados unos días el infante García, el primogénito, se encapricha del caballo y solicita permiso a la reina, su madre, para montarlo; insiste, y presiona tanto, y tanto, que la reina está dispuesta a ceder "con liberalidad y alegría", pero al final no accede a dicha solicitud aconsejada –se dice– por un caballero de la corte que estaba a su servicio.

3. Un buen estudio sobre la imagen del rey aragonés y su poder, con manejo de fuentes diversas así como una buena selección bibliográfica, puede verse en B. PALACIOS MARTÍN, "Imágenes y símbolos del poder real en la Corona de Aragón", en *XV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Actas, Tomo I, Volumen 1<sup>o</sup>, Zaragoza, 1996, pp. 189-229. También, R. HOMET, "El discurso político de Pedro el Ceremonioso", en *El discurso político en la Edad Media*, (dir. H. GIGLIELMI y A. RUCQUOI), CNIC, Buenos Aires, 1995, pp. 97-116.
4. G. F. de VAGAD, *Coronica de Aragón*, Zaragoza, 1996 (reed. de 1499). Introducción a cargo de M<sup>a</sup>. C. ORCÁSTEGUI GROS, pp. 11-29.
5. J. L. CORRAL LAFUENTE, *Mitos y Leyendas de Aragón*, ed. Leyere, Zaragoza, 2002, p. 38.
6. A. DURÁN GUDIOL, *Ramiro I*, ed. Ibercaja, Zaragoza, 1993. A. UBIETO ARTETA, "Una leyenda del Camino: la muerte de Ramiro I<sup>o</sup>", en *Príncipe de Viana*, XXIV (1963), pp. 5-27.

A partir de este hecho, aparentemente intrascendente, los acontecimientos se desatan. El infante García, frustrado y enojado, en connivencia con su hermano Fernando –otros textos incluirán también a Gonzalo–, acusa a la reina de cometer adulterio precisamente con el caballero que le había asesorado. El drama está servido. El propio rey condena a la reina, aunque siguiendo costumbres de la época le conmina a que busque a algún caballero para que saliera en su defensa. Nadie, por supuesto, quiere indisponerse contra el rey y sus herederos. La reina está desesperada, desvalida y de pronto, aparece nuestro héroe, don Ramiro, precisamente el hijastro noble y prudente, el varón habido con una dama –noble de Aybar, dirán las crónicas aragonesas– fuera de matrimonio canónico y que, precisamente él, si creía en la inocencia de su madrastra. Vencerá no a uno, sino a tres retadores, deshaciéndose de esta forma la trama urdida por los infantes que, al final, confiesan su difamación, siendo por ello la reina exculpada.

La historia, fabulada, encuentra pleno sentido si hacemos derivar de ella un hecho excepcional: la herencia<sup>7</sup> de los reinos y tierras de Sancho el Mayor de Pamplona entre sus descendientes, ya que García heredará el reino de Pamplona, Fernando heredará Castilla a título condal, Gonzalo las tierras de Sobrarbe y Ramiro, Aragón.

Así, Sancho III, aconsejado por su esposa, nombrará heredero a Ramiro en sus tierras aragonesas que, además, las recibirá de la propia reina que las disfrutaba en calidad de arras. Se une el prohijamiento de un infante, Ramiro, por su madrastra, la reina, con el nacimiento de un reino, Aragón, enaltecido por la valiente figura de su primer titular, Ramiro, que queda así magnificado y elevado a la categoría de rey al ser adoptado por la reina<sup>8</sup>.

El valeroso gesto de Ramiro, seguramente legendario y, por tanto magnificado, vendría a contrarrestar la feroz propaganda política de sus enemigos, castellanos, que no sólo minimizaban la importancia del reino aragonés por ser su primer titular un hijo bastardo habido con una concubina, y tendría por tanto un carácter espúreo, sino que también, la leyenda pretendía difamar al rey de Navarra, el primogénito García, que habría acusado injustamente a su madre de adulterio, mientras que el castellano, Fernando I, quedaba sin mancha alguna.

Las crónicas medievales hispanas nos ofrecen distintas versiones de este mismo acontecimiento, con tendencias a veces opuestas según se

7. A. UBIETO ARTETA, "Estudios en torno a la división del reino por Sancho el Mayor de Navarra", en *Príncipe de Viana*, XXI (1960), pp. 5-56, y 163-236.
8. Cfr. A. UBIETO ARTETA, "Ramiro I de Aragón y su concepto de la realeza", en *Cuadernos de Historia de España*, XX (Buenos Aires, 1953), pp. 45-62.

ofrezca una visión 'aragonesista' o, en sentido contrario, 'castellanista'<sup>9</sup>. El tratamiento dado, pues, a la figura de Ramiro I es muy desigual. Así, en las *Genealogías de Roda*, un cronista riojano en el siglo XII, estando en Nájera, amplió –según Ubieto– el primitivo texto y añadió: “*El rey Sancho, de cierta nobilísima y bellísima joven de Aibar, engendró al rey Ramiro llamado el Curvo, al que confió cierta partícula del reino, es decir, Aragón*”<sup>10</sup>.

Por su parte la *Crónica Silense*, compuesta a mediados del XII, relata que Sancho el Mayor “*donó a Ramiro, al que había engendrado de una concubina, una partecilla de su reino, aunque separada, Aragón, porque era desigual con los hermanos en el linaje materno, para que no pareciese como hereditario en el reino*”<sup>11</sup>.

La *Crónica Najerense* describe un pasaje más extenso que dice: “*A Ramiro le dio una cierta parte del reino, llamada Aragón, para que con sus hermanos, por razón de que no era igual de ascendencia materna, no tuviese ocasión de maquinare. ... [La Crónica prosigue narrando la acusación de adulterio de la reina Urraca por sus hijos García y Fernando, y cómo sale Ramiro en defensa de su honor] y la reina se llenó de tanta ira que maldijo a García; y a Ramiro, metiéndolo bajo sus sayas, lo sacó como si lo pariese, lo adoptó como hijo, e hizo una porción del reino para él*”<sup>12</sup>.

Otra de las crónicas más afamadas de mediados del siglo XIII, el *De rebus Hispaniae* del arzobispo de Toledo, Rodrigo Ximénez de Rada, adjetiva a Ramiro como “muy hermoso y valiente” e hijo de una “noble dama de Aibar”, y continúa narrando el episodio de la acusación de adulterio contra la reina Mayor, aunque omitiendo –como harán el resto de las crónicas ‘castellanas’– a Gonzalo como uno de los hijos de Sancho III el Mayor. Esta misma narración será recogida en la *Crónica de San Juan de la Peña*, pero incluyendo a Gonzalo entre los descendientes del monarca pamplonés.

9. A. DURÁN, *Ramiro I, ob. cit.*, dedica el primer capítulo de su extensa monografía a la aportación de las crónicas, tanto castellanas como aragonesas, y lo que redactan sobre Ramiro I, su nacimiento y la defensa de su madrastra. Incluye, además de las crónicas que utilizo en el presente artículo, la *Genealogía* de los reyes de Navarra, Aragón y de los condes de Barcelona de Jaime Domenech, el Libro de las Historias y conquistas de los reyes de Aragón de Pere Tomich, y la *Chronica* del reino de Aragón, del condado de Barcelona y de Hispania de fray Esteban Rollán, que poco añaden a los textos empleados.
10. A. UBIETO ARTETA, *Los orígenes de los reinos de Castilla y Aragón*, Universidad de Zaragoza, 1991, p. 17.
11. F. SANTOS COCO, *Historia Silense*, Madrid, 1921. Cfr. A. UBIETO, *Los orígenes de los reinos ...*, *ob. cit.*, pp. 205-239 destinadas a la Historia Silense.
12. A. UBIETO ARTETA, *Crónica Najerense*, en col. Textos Medievales, 15, Zaragoza, 1985.

De aquí, aún se pueden deducir aspectos negativos que alteren el sentido de la narración; en efecto, la *Coronica* de Aragón de Vagad de fines del XV, sobre la que tendré ocasión de detenerme, va aún más lejos en la interpretación del pasaje que aprovecha, el autor, para ensalzar la figura de Ramiro y, sobre todo, para difamar las figuras de sus hermanos, reyes que serán respectivamente de Navarra y de Castilla:

*¡Ved que rey primero tuvo Aragón! ¡Ved que tan alto principio, que excelente y famoso comienzo a nuestro reyno le cupo!*", y ello contrasta, claro, con lo que les sucediera a sus hermanastros, a García y a Fernando ya que *"assí que fizieron con su madre –recuerden que la acusaron de cometer adulterio– assí le fueron los suyos, alevosos, traydores, más fasta sus hijos, que el menor mato al mayor y a traycion, que es peor ..."*<sup>13</sup>.

Y no esta la única leyenda que quedará recogida en las crónicas medievales aragonesas y que hoy en día aún se recuerdan<sup>14</sup>. Si atendemos a los hechos más relevantes de nuestra historia encontraremos una explicación mítica o legendaria, que a veces deviene incluso en tópico: así, la llegada de los musulmanes a España se debería «a la gran traición que el rey Rodrigo, hijo del rey Witiza, hizo al conde don Julián, su sobrino, que le engañó con su mujer cuando le envió a cobrar las parias a los moros» (de ahí que «fillos de vautizanos no ovieran a nacer, porque ellos hovieron España a perder»). Por su parte, el nacimiento de los reyes de Sobrarbe, como el legendario Sancho Garcés Abarca, se debería a la ayuda prestada por un 'rico hombre de la montaña' –según el *Liber Regum*–, o según el relato de la *Crónica de San Juan de la Peña* por un noble aragonés (¡cómo no!) que, viendo a la reina muerta, observó entre sus entrañas un pequeño cuerpo con vida ... y del vientre de la madre pre-muerta extrajo al futuro rey de Sobrarbe. Más sabio parece, según la *Primera Crónica General* de Alfonso X, que la reina *"que estaua en ora de finarse del dolor de la lançada, pario antes un fijo assi como plogo a Dios ... et pensaron del mugieres como suelen pensar de las criaturas cuando nascen"*<sup>15</sup>.

13. *Coronica de Aragón*, edición facsimilar de la obra realizada por Gauberto Fabricio de Vagad (1499), introducción a cargo de María del Carmen Orcástegui Gros, Zaragoza, MDCCCLXXXVI.

14. Agustín UBIETO ARTETA, *Leyendas para una historia paralela del Aragón medieval*, I.F.C., Zaragoza, 1998, recoge un total de 359 leyendas históricas aragonesas de temática medieval, de las que únicamente un 3,5%, es decir 16, han sido localizadas en crónicas medievales de los siglos XIII, XIV y XV.

15. *Primera Crónica General de España* (ed. R. Menéndez Pidal), Gredos, Madrid, 1977.

Mitos y leyendas épicas<sup>16</sup> que se incorporan al acervo cultural y se plasman, a veces, como doctrina oficial del Reino: así, la milagrosa fundación de San Juan de la Peña (frente a la Covadonga astur; repárese que los escenarios son parejos), las continuas presencias y ayudas divinas, sobre todo de San Jorge, en las reiteradas batallas victoriosas de los reyes aragoneses, o la aparición de cruces –para mas precisión son rojas y se aparecen sobre una encina–; leyendas que sirven, en ocasiones, para reforzar el poder real en momentos tan difíciles como debieron ser los años 1134-1135 con la sucesión del Batallador que llevó al reino aragonés a una situación de verdadera guerra civil, y así surgen leyendas –con visos de realidad en este caso– como la decapitación de una veintena de nobles aragoneses con cuyas cabezas se fabricó el badajo de la campana de Huesca, o la sagrada coronación de Pedro II en 1204 a manos del Papa, o sirven sencillamente para impulsar el nacionalismo aragonés en momentos políticamente aconsejables: “¡nos, que valemos tanto como vos...!”, “antes hubo leyes que reyes” o las leyes de Sobrarbe y el nacimiento del Justicia de Aragón<sup>17</sup>, el pactismo, en suma, entre tantas otras. La manipulación política de la historia ha hecho posible, como afirma González Antón, “que los fabulados mitos nacionales se hayan convertido en falsas verdades históricas”<sup>18</sup>.

#### LA CRÓNICA Y LA HISTORIA EN LA EDAD MEDIA: UN BREVE RESUMEN

No obstante, nuestro conocimiento del pasado es siempre limitado. Dependemos de unas breves crónicas, muy pocas en realidad, algunas genealogías y otros breves escritos (algún relato hagiográfico, unas pocas cartas, unos breves poemas). Buena parte de lo que sabemos procede de documentos (de procedencia eclesiástica), de textos literarios y de formularios que recogen actos jurídicos. A estas limitaciones que, además, nos obligan a aproximarnos a la realidad histórica desde un prisma determinado, tenemos que añadir que el saber histórico depende del trabajo de interpretación que hacemos sobre fuentes de todo tipo.

16. Un extenso, bien documentado y profundo estudio sobre el tema es el de J. L. CORRAL LAFUENTE, *Mitos y Leyendas de Aragón*, ed. Leyere, Zaragoza, 2002. Distingue entre mitos –sigue la definición de C. GARCÍA GUAL– y leyendas, pues mientras los primeros ocurren en tiempos y lugares imprecisos, las leyendas siempre se desarrollan en lugares determinados y sus protagonistas son también individuos concretos.
17. R. E. GIESSEY, *If not, not. The Oath of the Aragonese and the Legendary Laws of Sobrarbe*, Princeton, 1968, en especial pp. 64-101. Una buena síntesis en L. GONZÁLEZ ANTÓN, *El Justicia de Aragón*, col. CAI 100, Zaragoza, 2000.
18. L. GONZÁLEZ ANTÓN, *España y las Españas*, Madrid, 1997, p. 682 y ss.

*Annales*, crónicas, historias, gestas, son géneros históricos –o subgéneros– difíciles de distinguir entre sí, como han puesto de manifiesto distintos especialistas en historiografía medieval<sup>19</sup>. Sus autores, tantas veces anónimos, redactaron o compusieron estas obras literarias con la intención, sin duda, de transmitir a los lectores los datos, noticias, tradiciones e ‘historias’, la memoria histórica de la colectividad a la que pertenecían, pero también de servir al poder utilizando los escritos como propaganda política; las motivaciones, también diversas, buscaban la exaltación de la patria o nación, la justificación del poder, la legitimación de una dinastía, la difusión de tradiciones y relatos legendarios, y tantos etcéteras más. Normalmente estamos ante obras literarias, tipológicamente enmarcadas dentro de los géneros históricos medievales, que muestran la importancia que para la propaganda política tuvieron los registros escritos. En el campo literario, en el de la transmisión de las ideas, se dirimían feroces batallas similares a las sostenidas en los terreros jurídicos, políticos o en el propio escenario bélico. En suma que los discursos que versan sobre la justificación del poder y su legitimidad radican, al decir de Habermas, en que “la pretensión que acompaña a un orden político de ser reconocido como correcto y justo no está desprovisto de buenos argumentos”<sup>20</sup>.

La crónica fue, en definitiva, uno de los grandes géneros históricos medievales, aunque en sus orígenes, Eusebio de Cesárea –como ya se hacía en el mundo antiguo–, la definía como género menor (“*per modum chronicum*”) frente a la historia (“*per modum ystoriae*”) o género mayor. La diferencia estribaba en que mientras la Historia daba prioridad al relato siguiendo las reglas de la retórica, es decir la *prolixitas*, cuyo autor preguntaba y respondía al porqué de los sucesos, la Crónica ponía una especial énfasis en la cronología, en situar con precisión los acontecimientos en el tiempo siendo una continuación de la Crónica de Eusebio, una piedra más en su obra que no necesitaba ni de explicación suplementaria ni de prefacio, y que se basaba en la *brevitas* ya que para recordar los sucesos no era necesario utilizar frases extensas.

19. Véase C. ORCÁSTEGUI, y E. SARASA, *La Historia en la Edad Media*, ed. Cátedra, Madrid, 1991. J. Ph. GENET (editor), *L'historiographie médiévale en Europe*, ed. CNRS, Paris, 1991. B. LACROIX, *L'historien au Moyen Âge*, Montreal-Paris, 1971. É. MITRE, *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa Medieval*, Madrid, 1982. J. P. GENET, *L'historiographie médiévale en Europe*, Paris, 1991. Del mismo autor, como director, *L'Histoire et les nouveaux publics dans l'Europe médiévale (XIIIème-XVème siècles)*, Actas del coloquio de la Casa de Velázquez (abril, 1993), publ. de la Sorbonne, Paris, 1997. R. C. van CAENEGEM, *Manuel de études médiévales*, Brepols, 1997, p. 23 y ss. O. GUYOTJEANNIN, *Les sources de l'histoire médiévale*, Librairie Générale Française, 1998, p. 156 y ss.
20. J. HABERMAS, “Problemas de legitimación en el estado moderno”, en *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, 1981, p. 243.

También había una cierta confusión entre la Historia y los *Annales* “que relataban hechos anteriores a la época del autor, por lo que todo historiador se convertía en analista al alejarse en el tiempo”, o entre los *Annales* y las Crónicas, que se empleaban frecuentemente como sinónimos, si bien los *Annales* comenzaban a tener cada vez mayor importancia, desde mediados del siglo VIII, como lo atestiguan los célebres *Annales Regni Francorum*, entre otros conocidos. La confusión era tan notable que autores tan reputados como Otto de Freising intitulaba su obra como “*Chronica sive Historia duabus civitatis ...*”. B. Guénée<sup>21</sup>, sin duda uno de los mejores especialistas en historiografía medieval ha llegado a afirmar que “para comprender una obra medieval hay, en primer lugar, que conocer en qué tipo de obra el propio autor creía situarse, por lo que se deduce como fundamental conocer cuáles sean las propias concepciones y, sobre todo, las intenciones de los historiadores de la Edad Media que, habitualmente, las expresaban en sus prefacios o prólogos”.

La crónica fue, lógicamente, evolucionando al compás de los tiempos, siendo a partir de 1100 cada vez más rigurosa y concebida, no ya como la continuación de la obra de Eusebio y san Jerónimo, sino como una obra autónoma que tiene ya la categoría de una obra mayor, en la que –además del rigor cronológico– empieza a primar, junto a los datos precisos, el relato, la narración, llegando a utilizarse ya la palabra crónica, desde mediados del siglo XII, como sinónimo de obra histórica y, especialmente, como una obra histórica seria, precisa y bien escrita. La crónica acaba siendo, a lo largo de los siglos XIII, XIV y XV un género literario que jugó un destacado papel en la producción en lengua vulgar cuyo autor –historiador o cronista– asume o se atribuye el papel de elaborar y narrar la verdad histórica sobre el pasado de la comunidad a la que pertenece, convirtiéndose a través de sus escritos en el garante de la verdad colectiva, en el fautor de la memoria oficial de su grupo social o comunidad histórica.

Es cierto que en la Edad Media, como afirma Guriévich<sup>22</sup>, la historia de los pueblos y de los países era en realidad muy poco conocida y tales conocimientos seguían siendo patrimonio de unas pocas personas cultas. Además, los conocimientos históricos no eran objeto de estudios ni de enseñanzas especiales. No obstante, los relatos históricos serían conoci-

21. Su obra es, al respecto, muy extensa. Cfr. B. GUENÉE, *Histoire et Culture historique dans l'Occident médiévale*, 1980. *Politique et Histoire au Moyen Âge. Recueil d'articles sur l'Histoire politique et l'historiographie médiévale*, publ. de La Sorbonne, 1981. También, “Histoire et Chronique. Nouvelles réflexions sur les genres historiques au Moyen Âge”, en *La Chronique et l'Histoire au Moyen Âge*. (Textes réunis par D. POIRION). Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 1984, pp. 3-12.

22. A. GURIÉVICH, *Las categorías de la cultura medieval*, ed. Taurus, Madrid, 1990, p. 150.



dos por aquellas personas a las que iban dirigidos, tales como reyes, condes, nobles, obispos y abades. Se leerían también como tradiciones orales y “el pueblo escucharía los relatos que les ponían en conocimiento de los hechos maravillosos y ocurridos en lejanos lugares”. Juzgo interesante traer a colación un pasaje de la obra de Alfonso X que señala “... *que los caballeros (... ..) en tiempo de guerra aprendiesen fecho de armas por vista e por prueva, que otrosí en tiempo de paz lo aprisiesen por oida e por entendimiento. Et por esto acostumbraban los caballeros, cuando comien, que les leyesen las estorias de los grandes fechos de armas*”. Añade el monarca que si no había en el lugar escritos, entonces las ‘historias’ las narrarían los buenos caballeros ancianos, y si no, los juglares “*que non dixiesen ant’ellos otros cantares sinon de gesta o que fablasen de fecho d’armas ...*”<sup>23</sup>. Hazañas e ‘historias’ que servían para recrear la memoria histórica –siempre interesada– y el recuerdo de los grandes personajes y sus gestas, seleccionando para ello, de forma consciente o inconscientemente, unos determinados hechos dignos de ser recordados y, sobre todo, imitados desde el presente<sup>24</sup>.

#### LAS PRIMERAS CRÓNICAS ¿ARAGONESAS?

Como afirmara C. Orcástegui<sup>25</sup>, “lo que denominamos tradicionalmente crónicas aragonesas no merecen tal calificativo, ya que se trata de crónicas de todo tipo que, accidental o expresamente, incluyen referencias más o menos amplias a la historia de Aragón”. Es decir, que no se les puede considerar como crónicas nacionales ni se les puede adjudicar una finalidad prioritaria de recoger el pasado del viejo reino como trasunto de su memoria histórica. Dicha autora cree que hasta la impresión de la

23. Texto procedente de las *Siete Partidas*, II, 21, 20. Edición de Francisco López Estrada. Tomado de M<sup>a</sup>. J. LACARRA y F. LÓPEZ ESTRADA, *Orígenes de la prosa*, ed. Jucar, 1993, p. 165 y ss.
24. Cfr. la obra ya clásica de E. H. KANTOROWICZ, *Los dos cuerpos del rey*, Alianza ed., Madrid, 1985. Más recientemente pueden verse algunas obras de la historiografía anglosajona, como F. HASKELL, *La historia y sus imágenes*, Alianza ed., Madrid, 1994; D. R. OLSON, *El mundo sobre el papel*, ed. Gedisa, Barcelona, 1998, y P. BURKE, “La historia como memoria colectiva”, en *Formas de historia cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, pp. 65-85.
25. Este capítulo, como el anterior, es deudor de la obra de C. ORCÁSTEGUI GROS que dedicó una buena parte de sus estudios a las crónicas y cronistas de Aragón y Navarra. Cfr. C. ORCÁSTEGUI, “La memoria histórica de Navarra a fines de la Edad Media: la historiografía nacional”, en *Homenaje a José María Lacarra* (Príncipe de Viana, Anejo 3-1986, pp. 591-606). C. ORCÁSTEGUI y G. REDONDO, “Introducción”, en *Los cronistas de Aragón del conde de la Viñaza* (Edición facsimil del original de 1904), Cortes de Aragón, 1986. A ello hay que añadir su labor como editora de la *Crónica de Garci López de Roncesvalles* (Pamplona, 1977), de la *Crónica de los Reyes de Navarra del Príncipe de Viana* (Pamplona, 1978) y la *Crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa)* (Zaragoza, 1986).

*Coronica de Vagad*, impresa en Zaragoza por Pablo Hurus en 1499, encargada expresamente por los diputados del reino “con el fin de recoger en la memoria de las gentes venideras las hazañas del viejo Reino”, no se disponía de una auténtica crónica nacional de Aragón.

Sin ánimo de recoger el catálogo completo<sup>26</sup> de las fuentes historiográficas medievales referidas al reino o/y compuestas por autores naturales del mismo, ni tampoco de repasar una por una las crónicas u otras fuentes narrativas no es menos cierto que estas obras, desiguales tanto por su extensión como por su importancia, ofrecen, no obstante, un caudal de información muy variada, y que viene siendo aprovechada no sólo por los historiadores, sino también por los filólogos, los historiadores de la literatura o desde la antropología social.

Así, son muy interesantes –sobre todo desde el punto de vista histórico– las llamadas *Genealogías de Roda*<sup>27</sup>, compuestas en las últimas décadas del siglo X, seguramente en el entorno palaciego de la corte pamplonesa de Nájera y con el objeto de fijar la genealogía Jimena. El texto rotense ofrece, además, noticias de alto valor histórico, y fundamentales, para el conocimiento de otras familias condales como era el caso de Aragón y Pallars, o relativas al ducado de Gasuña. Esta fuente narrativa suministra información sobre la genealogía de los primitivos condes aragoneses, sus enlaces matrimoniales y su descendencia, así como alguna sucinta noticia de gran relevancia histórica. El historiador actual podrá deducir, no obstante, de esta breve y limitada fuente genealógica, las estrategias matrimoniales que servían como elemento cimentador de la dinastía condal aragonesa, sus alianzas políticas con los restantes reyes y príncipes hispanos del entorno, así como sus relaciones con los francos o con los jefes muladíes del valle del Ebro. No será ajeno, tampoco, al vocabulario político de la fuente, o a la justificación de la legitimidad del poder real y propaganda política de la dinastía Jimena, dominante entonces en territorio pamplonés.

Tendremos que esperar hasta el siglo XII, y en relación con los condados orientales, para encontrar una obra histórica de importancia. Me refiero a una memoria de los condes y obispos de Ribagorza, la llamada *Crónica de Alaón*<sup>28</sup>, procedente del monasterio ribagorzano de Alaón, que

26. Puede verse, de forma exhaustiva, en A. UBIETO ARTETA, *Literatura medieval*, ed. Anubar, Zaragoza, 1981, donde el autor hace un riguroso análisis de las fuentes literarias, sobre todo las de carácter histórico, anotando desde pequeños fragmentos desaparecidos hasta las grandes obras de la literatura medieval ‘aragonesa’, añadiendo una extensa información bibliográfica.

27. J. M<sup>o</sup>. LACARRA, “Textos navarros del código de Roda”, en *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, I (Zaragoza, 1945), pp. 240-245.

28. Publica R. de ABADAL, en *La Catalunya carolingia*, t. III, Barcelona, 1955, pp. 24-26.

narra la sucesión de condes, comenzando por Bernardo de Ribagorza, y siguiendo con sus sucesores, escindidos en dos ramas, la de Pallars cuya genealogía llega hasta Arnalt Miró, y la de Ribagorza que se prolonga hasta el dominio del conde barcelonés Ramón Berenguer IV; la crónica también recoge la relación de los obispos de la sede rotense que se inicia con un hermano del citado conde Bernardo, el obispo Ato, y llega hasta el obispo Pedro Guillén fallecido en el sitio de Fraga (1134). Para Ubieto<sup>29</sup> la obra se debió componer en torno a 1154, y su autor sería, probablemente, un monje de Alaón que conocía en detalle el rico archivo del monasterio y las leyendas de la zona, utilizando para ello diverso material anterior.

### LAS PRIMERAS CRÓNICAS EN ROMANCE ARAGONÉS: EL *LIBER REGUM* Y LOS LINAJES DE LOS REYES DE ESPAÑA.

Si hasta estos momentos las obras históricas se han redactado en latín, será en los comienzos del siglo XIII cuando aparezca una primera crónica genealógica escrita en romance. Se trata del llamado *Liber Regum*<sup>30</sup>, obra que podemos considerar como un ambicioso proyecto de Historia Universal. En efecto, sus diferenciadas partes recogen materiales y tradiciones diversas. Así, el texto se inicia con un resumen de la Historia Sagrada, narrando a lo largo de siete folios el "*lignage de Ihesu Crist, de Adam en aca*", es decir desde Adán hasta Jesucristo. Sigue con la genealogía de los "*reies paganos qui foron sennores de Persia e de los reies e de los emperadores qui foron sennores de Roma*" (folios 8-11) que concluyen con Heraclio y con Muhammad. Relata, a continuación, una breve historia de los godos, incluyendo la 'pérdida de España' por la entrada de los moros<sup>31</sup> (folios 12 y 13), continuada con la historia "*de los reies e de los sennores qui foron en Castiella*" hasta Alfonso VIII (1158-1214) (folios 14 y 15), "*del lignage los reies de Nauarra*" que se inicia con Íñigo Arista y finaliza con el reinado de Sancho el Fuerte (1194-1234) (folio 16) y de "*los reies d'Aragon*" estableciendo la genealogía de los reyes privativos desde Ramiro I hasta Ramiro II el Monje, con cuya proclamación y matrimonio con Inés de Poitiers queda truncado el manuscrito editado por L. Cooper (folio 17), para finalizar con el linaje de los reyes de Francia, desde los

29. A. UBIETO ARTETA, *Literatura medieval, obra citada*, p. 32.

30. Edición de L. COOPER, *El Liber Regum. Estudio lingüístico*, ed. I.F.C., Zaragoza, 1960.

31. Una parte de este material sobre la llegada de los reyes moros a España fue empleado en el prólogo del Fuero General de Navarra (ed. J. F. UTRILLA UTRILLA, *El Fuero General de Navarra*, 2 vols., Pamplona, 1987). Cfr. J. P. BARRAQUÉ y B. LEROY, *Des écrits pour les Rois. En Espagne médiévale, la réflexion politique d'Isidore de Séville aux Rois Catholiques*, PULIM, 1999, p. 109.

merovingios hasta Felipe II Augusto (1179-1223) "*qui agora es rei de França*" (folio 18).

La obra ha sido fechada entre 1197 y 1212<sup>32</sup>, posiblemente hacia 1210, y su compilación ha sido atribuida a un monje de Fitero<sup>33</sup>, o a un clérigo natural de la zona de Borja (Zaragoza)<sup>34</sup>. El texto, escrito en lengua vulgar (romance navarro-aragonés), tuvo una adecuada difusión (se trataría del primer esquema genealógico de la Historia de España escrito en lengua vulgar), a tenor de su empleo como fuente de diversas obras históricas posteriores e incluso en diversos poemas castellanos, y su importancia radicaría, como dice M<sup>a</sup>. J. Lacarra<sup>35</sup>, en ser anterior en casi medio siglo a la *Primera Crónica General* de Alfonso X el Sabio. Su difusión la convierte en la obra histórica más importante del periodo.

El *Liber Regum* a pesar de contener en sus folios una historia universal, sagrada y profana, con datos extraídos de fuentes muy variadas, es, no obstante, una obra breve, compendiada, como corresponde a una genealogía ocupada en trazar los linajes de reyes, en un estilo lacónico, rayano al esquematismo, con abundantes copulativas y frases breves, que se va haciendo menos esquemático conforma se acerca al linaje de los reyes de Navarra, cuya dinastía se esfuerza –al decir de D. Catalán– por legitimar, separándose así de la interpretación que hasta entonces venían divulgando las crónicas latinas leonesas.

La parte dedicada a los reyes de Aragón es breve, concisa, fijando la genealogía de los sucesivos monarcas, desde el nacimiento del reino con Ramiro I hasta Alfonso II, manejando su autor un vocabulario político que únicamente pretende destacar las grandes gestas victoriosas frente a los moros.

El autor presenta el linaje de los reyes de Aragón, comenzando por la filiación del infante Ramiro –hijo de Sancho III el Mayor habido con '*otra muller*'–, cabeza de una dinastía a la que legitima por la defensa que el infante, adornado sin duda de excelsas cualidades morales, hizo de su madrastra –el texto la designa con el nombre de Elvira, frente al de Munia o Mayor de las restantes fuentes–, acusada falsamente de adulterio. Sólo así, recibiendo las arras de su madrastra como recompensa a su buena y justa acción, pudo recibir en herencia de su padre el reino de Aragón. Resalta, además, sus victorias frente a los moros, a los que "venció

32. A. UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. Literatura Medieval, I.*, Zaragoza, 1981, pp. 36-37 hace un pormenorizado estudio del texto, llegando a la conclusión que no puede ser anterior a 1197 ni posterior a 1212.

33. B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española*, I, Madrid, 1947.

34. A. UBIETO ARTETA, *Historia de Aragón. Literatura Medieval, I.*, Anubar ediciones, Zaragoza, 1981, p. 37.

35. M<sup>a</sup>. J. LACARRA DUCAY, *Orígenes de la prosa*, ob. cit., p. 16 y ss. sobre el *Liber Regum*.

muchas veces”, y su muerte en combate en la localidad de Graus (Huesca).

Este mismo vocabulario político lo va a emplear con los sucesivos reyes de Aragón, presentando a los monarcas de forma estereotipada: el rey siempre es bueno y leal, y destaca por mantener una actitud combativa frente al islam; el rey siempre sale victorioso en sus batallas contra los moros o, en su caso, fallece en combate. Los grandes hitos quedarán ya fijados: batalla del Alcoraz y toma de Huesca –el texto ofrece mayor atención que a ningún otro acontecimiento–, expansión por el valle del Ebro (conquistas de Zaragoza, Daroca, Calatayud, Tarazona, Borja y Tudela), y alusión a los dos grandes monasterios del reino: San Juan de la Peña y Montearagón, que además sirvieron de panteón real. El autor, además, menciona siempre la sucesión hereditaria de la monarquía aragonesa, y el juramento de fidelidad de los nobles, destacando, no obstante, alguna situación de especial relevancia como lo fue la muerte en combate de Alfonso I, sin sucesión directa, y que llevó al reino a una situación de guerra civil; el *Liber* afirma que ante esta situación “los aragoneses se comportaron con gran lealtad” sacando del sacerdocio a Ramiro, es decir manteniendo la sucesión dentro del linaje, aunque matiza que fueron estos mismos aragoneses quiénes lo hicieron rey.

Quiero entrever, a través del lenguaje político empleado por su autor, que destaca aspectos como la cultura militar –el monarca aragonés es el primer soldado–, la fidelidad al rey, la expansión frente al islam y la ocupación de nuevas tierras que son, precisamente elementos distintivos de la clase aristocrática<sup>36</sup>.

El material que sobre Aragón recoge el *Liber Regum* es prácticamente idéntico a un texto que, añadido al final de uno de los manuscritos del Fuero General de Navarra, recoge el *Linaje de los reyes de España*<sup>37</sup>. Se trata, en realidad, de una breve crónica, también escrita en romance, que relata la genealogía de los reyes aragoneses desde Sancho el Mayor (1004-1035) hasta 1196, con Alfonso II, con cuyo reinado finaliza poniendo a modo de colofón: “*de aquí en adelante que sea lo que Dios quiera*”. Se debió componer en torno a 1210 y es, también, de autor desconocido.

36. Para el siglo XIII aragonés destaca el estudio de C. LALIENA CORBERA, “La apropiación mítica del pasado: poder real, legitimación y memorias de clase en Navarra y Aragón en el siglo XIII”, en *Memoria, mito y realidad en la Historia Medieval*. XIII Semana de Estudios Medievales. Nájera, 2002, pp. 61-84. El autor conoce bien la bibliografía más reciente sobre el tema, analizando en profundidad dos de los mitos que vertebraron una parte de los nexos entre la nobleza y el Estado: los conocidos como Fueros de Sobrarbe y la Campana de Huesca, a la que dicho autor ya había dedicado una monografía, *La campana de Huesca*, CAI 100, Zaragoza, 2000.
37. Juan F. UTRILLA UTRILLA, *El Fuero General de Navarra*. vol. I, Pamplona, 1987, pp. 421-422.

El texto del *Linaje de los reyes de España* que describe la sucesión de la dinastía aragonesa es, sin duda, coincidente con el del *Liber Regum*. Veamos ambos textos.

Agora diremos, si uos plaz, [del lignage] de los reies d'Aragon.

El rei don Sancho el mayor fo fillo del rei don Garcia el tremblosu, sobrino del rei Sanch Auarca. Est rei don Sancho ouo un fillo d'otra muller, qui ouo nomne l'ifant don Remiro; e fo muit bueno e muit esforçado, e por el saluamiento que fizo a so madrastra, la reina dona Albira, la muller del rei don Sancho padre, dio.l ella so arras, et el rei atorgo-las, & ouo el reismo d'Aragon e fo rei.

Est rei don Remiro fo muit bueno, & ouo muitas fazien-das con moros e lidio muitas uezes con ellos e uenciolos. Et a postremas uino sobr'ell el rei don Sancho de Castiella con grant poder de moros e con todo el poder de Çaragoça, qui era de moros. Uinieron ad el a Sobrarbe e gastoron-le toda la tierra, et el uino ad ellos a batalla e lidio con ellos e matoron-lo i, en Grados. Era MCI.

Est rei don Remiro ouo fillo al rei don Sancho d'Aragon, qui fo muit bueno & muit leal & ouo muitas fazendas con moros e uenciolas. E pues, cerco Uesca, que era de moros, e firieron-lo i de una saieta, e fiço iurar todos los ricos omes & a so fillo Pedro Sancheç, e fizo ad el iurar que non descercasse la uilla troa que la prisiessen o que lo en leuantassen por fuerça.

Murio el rei don Sancho & soterraron-lo en Mont Aragon; pues, leuoron-lo a Sant Joan de la Penna, por miedo de moros.

El rei don Pedro touo Uesca cercada, e uinieron ad el a la batalla grandes poderes de moros & el compte don Garcia de Naiara con ellos. El rei don Pedro lidio con ellos en Alchoraç delant Uesca & i venció la batalla e mato muitos d'ellos, & priso al conte don Garcia e touo-lo en so prison, e priso Uesca. Murio el rei don Pedro e regno so ermano,

el rei don Alfonso. Fo muit bueno e muit leal e muit esforça-do e fiço muitas batallas con moros e uencio-las; e conquero Çaragoça de moros, e Darocha & Calatayud e rio de Taraçona & rio de Boria & Tudela, con otras muitas. Murio est rei don Alfonso e no laxo fillo nenguno, e sacharon a so ermano don Remiro de la mongia e fiçieron-lo rei, e dieren-li mullier a la nieta del... [conde Peyteus, e ouo della una filla que ouo nombre dona Perona, que casaron con el conde de Barcelona, e ouo el reyno d'Aragon, et el rey don Ramiro tornose a la mongia.

El conde de Barcelona ouo en esta mugier fillos al rey don Alfonso d'Aragon e al conde don Sancho et la mugier del rey don Sancho de Portugal.

El rey don Alfonso d'Aragon tomo por mugier la filla del Emperador de Castiella, la reina dona Sancha, e ouo en ella tres fillos et tres fillas; los fillos ovieron nombre el uno el rey don Pedro d'Aragon, que ouo por mugier la filla de don Guillem de Montpellier, et ouo en ella un fillu que ouo nombre don James que es agora rey d'Aragon; el otro ermano del rey don Pedro ouo nombre el infant don Sancho, que fue conde de Proeniza, el otro ouo nombre infant don Ferrando, que fue abbat de Montaragon; de las fillas, la una casaron con el rey de Secilia, et la otra con el conde de Tolosa, et la tercera con el fillu del conde de Tolosa]

[Agora comiença el linage de los reges de Espayna.

El rey don Sancho el Maor, el padre del rey don Fernando de Lion e del rey don Garcia de Nagera qui fo rey de Nauarra, ouo l fijo d'otra muyller, el fijo ouo nompre l'ifant don Remiro, e fo muit bueno e muyt esforçado, e pues por el saluamiento que fizo a su madrastra la regna dona Eluira, la muyller del rey don Sancho, dio-li ella sus arras, et el rey atorgo-gelas, [et] ouo el reysmo d'Aragon.

Est rey don Remiro ouo muytas fazien-das con moros e lidio muchas uezes con eyillos e uenciolos; e pues, a postremas, uino sobre el rei don Sancho de Castiella, et era so tío, ermano de so padre. Est rey don Sancho ouo grant poder de moros, et ouo todo el poder de Çaragoça e de toda la tierra, e uenieron a eyll ad Sobrarb, et gastaron-li toda la tierra, et eyll ueno ad eyillos a bataylla, e lidio con eyillos e matoron-lo hy en Grados.

Est rey don Remiro fo padre del rei don Sancho de Aragon e fo muyt bono e muyt leal. Est rey don Sancho ouo muytas fazien-das con moros, e uencio-las, et a postremas cerco Uesca que era de moros, e ferieron-lo de una sajeta, e fizo iurar sus bonos omes a su fijo Pero Sanchiz, e pues fizo iurar a su fijo que non descercasse la uilla troa que la prendiesse o que lo leuantassen por fuerça. Morio el rey don Sancho, e soterraron-lo en Montaragon; des hy leuoron-lo a Sant Iohan de la Peyna por miedo de moros.

El rei don Pedro touo Uesca cercada e uenieron hy grandes poderes de moros a la bataylla, et el compte don Garcia de Nagera con eyillos, et el rei don Pedro lidio con eyillos en Alchoraz, denant Vesca, e uencio la bataylla, e mato muitos d'eyillos, e preso al compte don Garcia, e touo-lo en so prison, et preso Vesca; morio el rei don Pedro et regno su ermano el rei don Alfonso.

Est rey don Alfonso fo muyt bono e muyt leal e muyt esforçado, et fizo muytas batayllas con moros, e uencio-las, et conquero Caragoça de moros et Daroca e Calla]taiud, et otras muytas uillas. Morio el rei don Alfonso sen fijo, et aragoneses fizieron grant lealiad que sacaron so ermano don Remiro de la mongia, e fizieron-lo rey, et dieron-li por muier la nieta del compte de Piteos; ouo en eylla una fija que ouo nompre dona Peronela. Casaron esta dona Peronela con el compte de Barcelona, et ouo el reysmo d'Aragon, et el rey don Remiro tornose a la mongia.

Est compte de Barçolona ouo en esta so muyller al ifant don Pedro qui morio en Vuesca, et el rei don Alfonso que ouo nompre Remon Belenguer, et el compte don Pedro de Prouença, et el compte don Sancho, et la muyller del rei don Sancho de Portugal.

El rey don Alfonso d'Aragon priso muyller la fija del emperador, dona Sancha, et ouo en eylla al ifant don Pedro, rey d'Aragon, et al marches de Prouença don Alfonso, et a don Ferrando, abbat de Montaragon, et una fija que casaron en Ongria.

D'aquí emant sera lo que Dius querra.

Los textos son, pues, coincidentes, y responden a un arquetipo común, siendo escasas las interpolaciones que se observan entre uno y otro texto y que se indican por medio del subrayado.

LA LABOR HISTORIOGRÁFICA ARAGONESA EN EL SIGLO XIV:  
LA CRÓNICA DE LOS ESTADOS PENINSULARES.

Posterior es, sin duda, la *Crónica de los Estados Peninsulares*<sup>38</sup> que, para algunos autores, recoge una traducción en romance navarro-aragonés de la historia del arzobispo Rodrigo; para Ubieto, en cambio, esta *Crónica navarro-aragonesa* –como él la denomina– representa la versión aragonesa de lo que en Castilla es la *Primera Crónica General*, y sería compuesta por un monje de Montearagón (Huesca) en torno a 1305, fecha en la que finalizan las noticias referentes a León, si bien se amplían las noticias para Navarra y Portugal hasta 1328, mientras que en Aragón acaba en 1135, antes de producirse la unión dinástica con la casa de Barcelona.

Se trata de una historia general de la Península, pues a la genealogía de los reyes aragoneses se añade la lista de monarcas asturianos, desde Alfonso II hasta Fruela, la historia de la Castilla condal, desde los jueces hasta Sancho Garcés, así como las genealogías de los reyes de León, de Navarra y de Portugal, tratando la historia de cada uno de los reinos como una unidad, agrupando las noticias de los cuatro reinos cristianos de la reconquista: León, Portugal, Navarra y Aragón.

Su autor, seguramente aragonés, y que conoce bien la historiografía anterior “...porque así lo troban en algunas lures coronicas, et especialment en las de Sant Vitorian de Ribagorza”<sup>39</sup>, afirma –valiéndose precisamente de la autoridad de las mencionadas crónicas– la preeminencia del reino de Aragón sobre el de Navarra diciendo:

*“Algunos de Aragón dicen que ante fue regno Aragon que no Navarra, deciendo que Ennego Ariesta fue rey de Sobrarbe primero [... ..] Encara por razones, la primera que Ariesta romanz yes proprio de Aragon, e non yes bescunz ni encara romanz de Navarra...”*<sup>40</sup>.

Prosigue el relato utilizando como fuente de autoridad el prólogo del Fuero General de Navarra ya que el cronista copió cómo se levantaron –frente a los musulmanes– trescientos a caballo y se refugiaron en las montañas de Sobrarbe, valerosos caballeros que, tras pedir consejo al

38. *Crónica de los estados peninsulares (Texto del siglo XIV)*, Estudio preliminar, edición e índices por Antonio UBIETO ARTETA, ed. Universidad de Granada, 1955.

39. *Ibidem*, p. 115.

40. *Ut supra*.

papa Ildebrando y a otros reputados sabios del momento, buscaron una persona para que les acaudillase, “*et esleyeron rey, et assi dizen los aragoneses algunos do son los de cavallo, son los mas honrados et mas poderosos; et aquellos fizieron rey [... ...] Et dizen mas, que Navarra e Ypuzcua se gobiernan por el fuero de Sobre Arbe*”<sup>41</sup>.

El cronista utiliza, además, otros argumentos para justificar la prevalencia aragonesa sobre Navarra: “*...Item, Ennengo Ariesta ante que fues rey alzavase en una penya e mont quel dicen sobre Uruel, cerca Iacca; e dalli facia sus cavalgadas, et con el sus conpanyeros, que eran la maor partida gascons, poblaron Iacca, que depues aca fablan a semblante de gascons, pues parece que d’Aragon fueron los reyes e descien den ...*”<sup>42</sup>, argumentos, a veces tan errados, como el de atribuir al rey Sancho III el Mayor la promulgación de los Fueros de Jaca, afirmando además que “*et toda Navarra et Aragon que se governassen por exos fueros...*”, pues el cronista conocía, posiblemente, cómo en determinadas poblaciones navarras se regían por fueros derivados de Jaca.

La historia privativa del reino comienza con Ramiro I, hijo de Sancho el Mayor y “*una noble dueña de Aybar*”<sup>43</sup>; narra a continuación, con gran detalle, la defensa que Ramiro hizo de su madrastra, la reina, frente a sus hijos, García y Fernando, que “*accusaron entramos a la reyna –su madre– de adulterio con aquél cavallero*”. Ante esa situación tan dramática el cronista muestra al héroe, Ramiro, como un “*manzebo muyt fermoso, et muy ardit en armas*”, tan valiente que no dudó en defender “*la verdad que tenie su madrastra*” y en lidiar “*con tres cavalleros, uno a uno, et vencio et salvo assi la madrastra*”. Enterado, además, el monarca a través de “*un monge muyt santo que avia en Nagera de cómo enculpavan a su esposa a tuerto et con mal sen*”, no dudó en transmitir a su hijo, Ramiro, la ‘tierra’ de Aragón –que tenía en arras la reina–. De esta forma tan digna, pues, “*don Remiro ovo Aragón enpués su padre, porque mantovo et defendio la verdat que tenia su madrastra; et fue el primero que se clamo rey d’Aragón*”<sup>44</sup>.

Para Ubieto, editor del texto, el autor de la crónica conocía perfectamente las ciudades de Zaragoza y de Huesca, ya que, efectivamente, da detalles muy concretos. Así, afirma que “*...dióli en Zaragoza un barrio do possasse el cuende ... que oy en dia llaman el callizo del conde Alperche...*”<sup>45</sup>, detalles que también ofrece al relatar la batalla del Alcoraz que sitúa

41. *Ibidem*, p. 116.

42. *Ibidem*, p. 117.

43. *Ibidem*, p. 118.

44. *Ibidem*, p. 119.

45. *Ibidem*, p. 125.



junto al pueyo de Sancho "...do allí en día es la iglesia de Sant Jorge". Aún permite precisar más la procedencia del autor, pues éste conoce en detalle las propiedades del monasterio de Montearagón en Navarra, la 'puebla' del propio Montearagón, así como el traslado del cuerpo de San Victorián, martir italiano, que se conservaba en la citada canónica agustiniana.

El cronista conocía, además de las crónicas de San Victorián de Ribagorza, otras 'coronicas de Aragon', sin especificar su procedencia, y también el prólogo del Fuero General de Navarra y, como expresamente dice en el propio texto, el *De rebus Hispaniae* del arzobispo toledano Rodrigo Ximénez de Rada:

*"Et dicen que el arzevispo don Rodrigo poco sabia de la verdad, encara que non en avia mucha cura de los reyes de Navarra et de Aragon, sinon de Castilla: por exo sent passo muyt breu pero pues la su coronica del arzevispo yes mas autentica por toda Espanya, sigamos ad aquella, que Navarra et Aragon un regno et un senyorio fueron daquie el rey don Sancho el Mayor que los partio. Et depues se aiuntaron"*<sup>46</sup>.

Mas adelante afirma: *"Et dice la coronica del arzevispo que fue preso et vencido del Zit en Tovar, pero non lo troban en las coronicas de Aragon"*<sup>47</sup>.

Monarca a monarca el cronista va desgranando una serie de acontecimientos de todo tipo, primando los bélicos frente al islam andalusí. En efecto, batallas tan significadas como la del Alcoraz que permitió la toma de Huesca tienen un trato extenso y destacado, como también lo tiene la presencia del Cid en Aragón, las hazañas de Alfonso I en la ocupación de la red urbana andalusí del valle del Ebro (Zaragoza, Calatayud, Daroca, Tarazona y Tudela), destacando el autor la presencia de tropas francas y la ayuda prestada al Batallador en la toma de Zaragoza con *"muyt buenos gascones —que vinieron— con don Gastón de Bearne et el conde Alperche, que hy vino de Proenza a servir a Dios et al rey [... ...] et diole en Zaragoza a esti cuende un barrio do possase que oy en dia lo llaman el calliz de conte Alperche"*<sup>48</sup>, dedicando otro amplio párrafo a los triunfos del conde de Perthé en la conquista de Tudela, así como la colaboración del conde de Poitiers en la batalla de Cutanda (1120) con seiscientos "hombres de caballo".

El texto se exhibe en la descripción del periplo de Alfonso I por tierras levantinas y andaluzas, en pleno corazón de al-Andalús, así como su matrimonio con doña Urraca con la que, *"porque avia mala sospecha de*

46. *Ibidem*, p. 117.

47. *Ibidem*, p. 124-125.

48. *Ibidem*, p. 125.

su muger dona Urraca, non queria albergar con ella..."<sup>49</sup>, y su actuación política en Castilla. Termina con la derrota de Fraga, y la muerte del rey, aunque da pábulo a toda una serie de fábulas sobre el Batallador al afirmar que –según unos dicen– “de vergüenza que sera vencido sent passó la mar a Jerusalem, pero nunca lo trobaron ni muerto ni vivo. Otros dicen que a tiempo vino en Aragón e fabló con algunos que sopieran de sus poridades ...”<sup>50</sup>. Finaliza con la máxima de “qui siempre fue vencedor, fue vencido por su gran atrevimiento. De sobra lozania de corazón e menosprecio de los enemigos locura es”<sup>51</sup>.

De nuevo la expansión del reino aragonés, el prestigio y la superioridad del rey –incluso frente a los reinos vecinos–, la colaboración de las elites aristocráticas ‘francas’, son aspectos que se revelan trascendentales en la construcción de la memoria histórica, incorporando acontecimientos, personajes, hazañas, mitos y fábulas, de cuya mezcla sale un mensaje que sirve para fijar la memoria histórica y, sobre todo, para elaborar de una manera consciente el prestigio de la monarquía, su superioridad social que les sirvió para cimentar su poder. Estamos, en definitiva, –siguiendo la tesis de J. M. Nieto– ante lo que llama discurso político, porque estas crónicas “exaltaban interesadamente determinados valores o pretensiones de significado político”<sup>52</sup>.

Estas tempranas -y escasas- crónicas, ciertamente parcas en su contenido e incluso con una cierta pobreza expresiva, precisaban, en cambio, un claro mensaje político<sup>53</sup>: la ‘reconquista’ había surgido en las montañas -tierras de Jaca (monte Oroel), San Juan de la Peña (monte Pano), Hecho y Ansó, Ainsa y el Sobrarbe, pirenaicas en suma- merced al esfuerzo de un puñado de caballeros, es decir nobles, que, bien aconsejados por el Papa y otras gentes sabias en derecho, “se dieron leyes antes que reyes”, y después, eligieron rey. La leyenda del pactismo comenzaba a gestarse, e iba a continuar con mayor fuerza en las siguientes centurias, a pesar de la tremenda labor historiográfica que, en sentido contrario, iba a realizarse en la segunda mitad del XIV por orden expresa de Pedro IV.

49. *Ibidem*, p. 126.

50. *Ibidem*, p. 128.

51. *Ibidem*, p. 129.

52. J. M. NIETO SORIA, “Ideología y poder monárquico en la Península”, en *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, XXV Semana de Estudios Medievales de Estella, Pamplona, 1999, pp. 335-381, si bien sus argumentos se extienden a la “estructura retórica que presentan determinadas creaciones, sean textuales, simbólicas, ceremoniales o iconográficas”. Del mismo autor, *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla, siglos XIII al XVI*, Madrid, 1988. *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, ed. Nerea, Madrid, 1993. “Propaganda política y poder real en la Castilla Trastámara. Una perspectiva de análisis”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 25/2 (1995), pp. 489-515.

53. Cfr. J. P. BARRAQUÉ y B. LEROY, *Des écrits pour les Rois*, ob. cit., p. 110.

Una mención aparte merecen las llamadas ‘cuatro grandes crónicas’<sup>54</sup>, es decir la Crónica de Jaime I o *Llibre dels Feits*, la Crónica de Bernat Desclot, la Crónica de Ramón Muntaner y la Crónica de Pedro IV, que son, sin duda alguna, las joyas historiográficas de la Corona de Aragón, y que tienen un indiscutible valor como fuente narrativa –y aún literaria– y se ocupan de ensalzar “los grandes hechos que han acontecido a nuestra Casa”<sup>55</sup>, es decir de trazar las biografías ‘oficiales’ de los monarcas de la Corona siempre afanados en la lucha contra los infieles y aún de recrear sus gestas y actos heroicos en un intento de conservar en la memoria de las gentes la existencia de un pasado glorioso y compartido por los distintos reinos y territorios de la corona aragonesa. Como afirmara Orcástegui, estas crónicas “que historian el conjunto de la Corona de Aragón, y que sí se pueden considerar nacionales, pero no desde una perspectiva aragonesa, sino globalizadora de dicha Corona, y con especial inclinación hacia Cataluña, tanto en planteamientos como en proporción de contenidos específicos”<sup>56</sup>.

De estas crónicas únicamente la de Bernat Desclot se ocupa del periodo anterior a la unión dinástica, y lo hace con un único objetivo como es la exaltación del conde barcelonés, Ramón Berenguer IV, presentado por el autor de la crónica como “... *lo mellor cavaller, e el pus prous e del pus alt llinyatge que sie al mon*”<sup>57</sup>. Desclot relata extensamente la derrota –y muerte– del rey aragonés Alfonso I en Fraga (1134), como si de un relato literario se tratara, recreando los diálogos entre el rey y sus élites aristocráticas (barones, obispos, caballeros) y presentando el desastre militar como consecuencia de la traición de “*un cavaller que era molt gran malfeitor*”<sup>58</sup>, y que pactó con los sarracenos. La muerte del rey de Aragón sin dejar heredero “y sin gobierno” hizo que los barones sacaran de la abadía a Ramiro, monje profeso y hermano del monarca, a quien Desclot, erróneamente, casa “con una hija del rey de León (i)” que, al poco tiempo, engendrará una hija. El Rey-monje “abandona el reino y regresa al monasterio, donde muere (i)”, y así –prosi-gue Desclot– “*la terra romàs sense rei gran temps*”<sup>59</sup>.

54. Me parece magnífica la edición, con abundantes anotaciones, que realizara F. SOLDEVILA, *Les Quatre Grans Cròniques*, ed. Selecta, Barcelona, 1971. Un buen estudio es el de M. COLL I ALENTORN, “Les quatre grands chroniques”, en *Historiografia*, Textos i Estudis de Cultura Catalana, Abadía de Montserrat, 1991, pp. 139-156.

55. Así lo afirma en el prólogo de ‘su’ obra el monarca Pedro IV el Ceremonioso cuando dice “E aquest Llibre volem que sia intitulat: llibre en que es contenen totes los grans fets qui son entrevenguts en nostra Casa ...”, *ibidem*, p. 1.005.

56. C. ORCÁSTEGUI GROS, «Los cronistas medievales y su culminación en Ganberto Fabricio de Vagda», en Conde de la Viñaza. *Los cronistas de Aragón*, zaragoza MDCCCCLXXXVI, (ed. facsimilar del texto de 1904), p. 30.

57. F. SOLDEVILA, *Les Quatre Grans Cròniques*, ob. cit., p. 408.

58. *Ibidem*, p. 406.

59. *Ibidem*, p. 407.

La Crónica introduce en escena al noble Guillem Ramón, senescal de la casa de Barcelona y fautor del enlace dinástico entre Petronila, la heredera al trono aragonés, y el conde barcelonés. El senescal parlamenta con los barones aragoneses, y presenta a su señor como el pretendiente más indicado, por su valentía, conquistas militares y linaje. Aún va más lejos el autor, e incorpora aquí un objetivo político: presenta la conquista de Lérida como exclusiva del conde, falseando la realidad. Después, Guillem Ramón transmite a Ramón Berenguer el deseo de los ricoshombres aragoneses que *“presenten-vos lo regisme d’Aragó e que prenats la donzella per muller, de qui és lo regisme; e ells totos preguen-vos que siats llur senyor e llur rei”*<sup>60</sup>. El conde acepta de buen grado, y el casamiento tuvo lugar en Lérida, en 1150; el cronista pone en boca de Ramón Berenguer IV que no quiere que se le llame rey, pues *“jo son ara un dels mellors comtes del món, e si era apellat rei, no seria gens del majors”*<sup>61</sup>; la realidad era bien distinta: los pactos firmados con su suegro, el rey Ramiro, le impedían utilizar dicho título, reservado para el rey-monje, y el conde se intitularía como *“príncipe y dominator”* en Aragón.

El matrimonio engendró varios hijos, uno de los cuales, Alfonso –nacido como Ramón Berenguer y trocado su nombre por el de Alfonso, siguiendo el sistema antroponímico de la casa real de Aragón–, que *“fo rei d’Aragó e comte de Barcelona”*, es decir el primer monarca de la Corona de Aragón.

Desclot continúa, a partir de estos momentos, desgranando la biografía de los siguientes monarcas de la Corona.

La segunda mitad del siglo XIV representa, pues, un periodo excepcional en relación con la actividad historiográfica de la Corona, coincidiendo con el reinado de Pedro IV, ya que junto a las crónicas mencionadas habrá que dejar constancia, al menos, de la enorme –y excepcional– labor de Juan Fernández de Heredia<sup>62</sup>, Gran Maestre del Hospital, y que compuso, compiló o/y tradujo entre 1362 y 1396 un buen número de obras como la *Grant Crónica de Espayna*, la *Crónica de los Conqueridores*, la *Crónica de Morea*, la *Flor de las ystorias de Oriente*, las *Vidas de hombres ilustres de Plutarco*, entre tantas otras.

60. *Ibidem*, p. 408.

61. *Ut supra*.

62. J. M. CACHO BLECUA, *El gran maestre Juan Fernández de Heredia*, CAI, Zaragoza, 1997. J. M. NIETO SORIA, “Las inquietudes historiográficas del Gran Maestre hospitalario Juan Fernández de Heredia (m. 1396): una aproximación de conjunto”, en *En la España Medieval*, 1999, n° 22, pp. 187-211.

LA PLENITUD DE LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL ARAGONESA:  
LA CRÓNICA DE SAN JUAN DE LA PEÑA (C. 1370).

La llamada *Crónica de San Juan de la Peña* tiene, como las “Cuatro grandes crónicas” de la Corona, un alto valor historiográfico, además de una cierta calidad literaria, y representa, junto a la posterior *Coronica* de Vagad, la culminación de la historiografía nacionalista aragonesa. Compuesta en el monasterio de San Juan de la Peña, su autor manejó diversos materiales como el *De rebus Hispaniae* de Ximénez de Rada, la *Crónica de los estados peninsulares* y la *Gesta Comitum Barchinonensium*, además de otras crónicas aragonesas, documentos y escritos conservados en el propio monasterio pinatense. Es una obra extensa, realizada seguramente por encargo del monarca Pedro IV que, desde 1345 recogía materiales para la redacción de la crónica de su reinado y seguramente pensaba incluirla como prólogo a su ambiciosa obra. El texto ‘oficial’, en latín, fue acabado –según Ubieto<sup>63</sup>– entre 1369<sup>64</sup> y 1372, ya que en este último año el propio monarca entregaba una de las copias a la catedral de Valencia. De la Crónica se conocen tres versiones<sup>65</sup>, la latina, la catalana y la aragonesa. Esta última versión, ampliación notable de un primitivo original latino de 1359, pudiera haber sido confeccionada por el círculo de eruditos del entorno de fray Juan Fernández de Heredia (1310-1396), ya que Pedro IV le comunicaba que haría traducir al aragonés “las crónicas de los señores reyes de Aragón”<sup>66</sup>

A pesar de que la *Crónica* introduce aspectos legendarios sobre el rey y el reino aragonés, no es menos cierto que aporta un caudal de información tan destacado que se convirtió, al decir de C. Orcástegui, “en fuente primordial de obras posteriores escritas en Aragón y Navarra, como la *Crónica de los Reyes de Navarra* compuesta en el siglo XV por el Príncipe de Viana, o los *Anales de la Corona de Aragón* de Jerónimo Zurita”<sup>67</sup>.

63. *Crónica de San Juan de la Peña*, versión latina e índices por A. UBIETO ARTETA, Valencia, 1961.
64. La crónica finaliza con la noticia del traslado de los restos de Alfonso IV a Lérida, en abril de 1369.
65. La versión latina fue editada por A. UBIETO, ya citada. La catalana fue editada por A. J. SOBERANAS LLEÓ, *Crónica General de Pere III el Cerimoniós dita comùnament Crónica de Sant Joan de la Penya*, transcripció, prefaci i notes per. Alpha, Barcelona, 1961. La versión aragonesa por C. ORCÁSTEGUI. Existe una edición anterior, realizada por T. XIMÉNEZ DE EMBÚN, *Historia de la Corona de Aragón (la más antigua de que se tiene noticia) conocida generalmente con el nombre de Crónica de San Juan de la Peña*, Zaragoza, 1876, en la que su autor confronta, a dos columnas, los textos latino y aragonés.
66. A. UBIETO ARTETA, *Literatura medieval, I, ob. cit.*, p. 54.
67. C. ORCÁSTEGUI GROS, *Crónica de San Juan de la Peña. (Versión aragonesa). Edición crítica*, Zaragoza, 1986, p. 5. Es el texto que manejamos.

Estamos, sin duda, ante la historia de Aragón más completa del periodo medieval, que se ha convertido en el texto más importante de la crónica medieval aragonesa, y cuya aportación se valora como uno de los testimonios trascendentales de la memoria histórica de Aragón, aunque su finalidad era, por cierto, glorificar la dinastía de la casa reinante.

La crónica arranca con noticias legendarias sobre los primeros pobladores de España “... *el primero hombre que se pobló en España había nombre Tubal, del qual ixió la generación de los íberos ... que se poblaron en la ribera del Ebro ...*”<sup>68</sup> y sobre Hércules. Sigue narrando, de forma sucinta, la historia de Roma, a la que sigue la sucesión de los reyes godos de Hispania, basándose –como el autor afirma– “*en el libro de las coronicas de Castiella*”, relatando cómo se perdió España por los ‘afferres’ que tuvo el rey Rodrigo con la hija del conde don Julián, y la traición de éste pactando con ‘veinticinco reyes moros’.

A partir de estos momentos el cronista acentúa el mensaje ‘aragonés’, ya que prosigue con la huída de 300 caballeros que se refugian en un monte llamado Oroel, “cerca de la ciudad de Jaca” y que después poblaron San Juan de la Peña, y desde aquí “*comenzaron a fazer grandes fortalezas de castiellos, de muros ... porque se pudieran defender de los enemigos de la fe cristiana ...*”<sup>69</sup>.

Dedica un capítulo<sup>70</sup> a la edificación de San Juan de la Peña, recogiendo los aspectos míticos del evento: la cueva o ‘spelunca’ dónde el eremita Juan erige una iglesia, la llegada de los hermanos Voto y Félix “santos varones zaragozanos”, la llegada de otros santos, y se data dicha construcción cuando “en Aragón señoreaba el conde Aznar, y el rey Abd al-Rahman en la ciudad de Huesca, siendo el año 758”.

Continúa con una breve genealogía de los condes de Aragón, atribuyendo a Galindo “la construcción de Atarés y la población de varias villas y lugares, levantándose, además, el monasterio de San Martín de Cercito en Acumuer”<sup>71</sup>. La atención prestada a la abadía pinatense es excepcional, recogiendo todo tipo de noticias, desde las donaciones realizadas por los condes hacia el cenobio hasta el enterramiento del cuerpo de San Juan el Bautista, deteniéndose en detalles sobre la construcción de altares y advocaciones religiosas.

El nacimiento del reino, como era ya comúnmente aceptado por la historiografía anterior, tenía lugar con Ramiro, hijo de Sancho III el

68. *Ibidem*, cap. 1, p. 6.

69. *Ibidem*, cap. 4, p. 13.

70. *Ibidem*, p. 15. En concreto el capítulo 5 trata *De la edificación de Sant Johan de la Peyna*,

71. *Ibidem*, cap. 8, p. 18.

Mayor y “*de una muller noble de Ayvar*”. A partir de aquí, con gran detalle y extensión del relato, magnifica la figura del infante Ramiro que supo defender, con gran valentía, el honor de la reina, su madrastra, quien, agradecida, prohija al joven Ramiro metiéndolo bajo sus ‘haldas o sayas’ y, como si de un nuevo nacimiento se tratara, le entrega sus propias arras que consistían en el dominio sobre el condado de Aragón. Y así, “*el dito Ramiro huvo el condado de Aragón, sueltament et sin ninguna subiugación, do fue feito rey ... Sin meanedo regnaron en Aragón y coronicas fagamos ...*”<sup>72</sup>. La Crónica prosigue con la sucesión de los reyes privativos, narrando un pormenorizado y extenso relato histórico –bien documentado– del reino aragonés.

La Crónica ritualiza y estandariza los comportamientos de los monarcas aragoneses presentándolos como modelos de virtudes, reyes que se adoran de las cualidades arquetípicas del sistema ético caballeresco, como afirma Cardini<sup>73</sup>. Quiero entender, a través del texto, que su anónimo autor destaca, como principal virtud de los reyes aragoneses, su actitud combativa frente al islam, y así se suceden las batallas y conquistas en un extenso corolario de noticias, ciertas y bien datadas algunas de ellas, salidas de la pluma de un monje bien informado; otras, en cambio, fabuladas. El rey es el primer caballero del reino, que codicia mas “*el servicio de Dios et exalçamiento de la fe que no dudando el temor de los infieles*”<sup>74</sup>, y que destaca por sus victorias –a pesar de que los moros cuentan, a veces, con el apoyo de los castellanos, como ocurriera en Alcoraz (1096)–; la Crónica desgrana una serie de batallas campales continuadas, como las que sostuvo el Batallador, llamado así “*porque en Espayna no ovo tan buen cavallero que veynte batallas vençió*”<sup>75</sup>, otras veces narra las fatigosas expediciones bélicas –como la emprendida por Alfonso I por tierras levantinas y andaluzas–, pequeñas escaramuzas o sencillos asedios a determinadas plazas o castillos.

De esta forma se forjó el reino de Aragón, recuperando del Islam, mediante lucha armada, ciudades y territorios feraces que el rey manda poblar con gentes cristianas, como Ayerbe, Estella, Luna, Huesca, El Castellar, Zaragoza y Tudela, o las tierras de Soria, Almazán, Berlanga y Belorado, y redistribuidos como ‘hombres’ entre sus colaboradores, y la Crónica desgrana los nombres de los nobles que participan en todas y cada una de las batallas, destacando el apoyo de los “*que vinieron de*

72. *Ibidem*, cap. 15, p. 32.

73. F. CARDINI, “El guerrero y el caballero”, en J. Le GOFF, ed., *El hombre medieval*, Madrid, 1990, p. 92.

74. C. ORCÁSTEGUI, *Crónica de San Juan de la Peña*, ob. cit., cap. 18, p. 39.

75. *Ibidem*, cap. 19, p.43.

*Françia a servir a Dios e al enperador, ... de Gascueyna e de Ultrapuertos*<sup>76</sup> como 'el conde Alperche' o Gastón de Bearne.

La valentía de los monarcas era tal que, como soldados de Cristo, no dudan en arriesgar su propia vida, como también lo hacen sus colaboradores y sus fieles vasallos, aragoneses o francos, clérigos o laicos, pero todos ellos tienen el firme convencimiento de que de esta forma alcanzan la vida eterna "con derramamiento de sangre y gloria triunfal", y así, y sucesivamente, la Crónica recoge cómo los reyes aragoneses mueren en combate: Ramiro I en Graus, Sancho Ramírez en el sitio de Huesca, Alfonso I tras la derrota de Fraga; nada dice, en cambio del motivo de la muerte, a la edad de treinta y cinco años, de Pedro I, que, no obstante, también falleció en el transcurso de una expedición militar, en el valle de Arán<sup>77</sup>.

Los reyes, además de valientes y esforzados, tienen que ser, también piadosos, como se califica a Ramiro I de "*hombre muyt piadoso et fizo muyto bien a pobres et a cavalleros...*"<sup>78</sup>. El autor destaca de los monarcas aragoneses su actitud benefactora con la Iglesia, alabando expresamente las donaciones a favor de San Juan de la Peña que son necesarias, a juicio de los clérigos, como garantes de la salvación del alma, y así afirma que dicho rey hizo "*mucho bien ... a monesterios, especialment al monesterio de Sant Johan de la Penna*"<sup>79</sup>. Y ello era rigurosamente cierto ya que San Juan de la Peña era algo más que un simple monasterio, era la sede del linaje real, el lugar elegido para su descanso definitivo y morada eterna de los monarcas; el cenobio pinatense estaba tan ligado a la dinastía aragonesa que el propio Ramiro I afirmaba en su testamento<sup>80</sup> que había amado más al abad y monjes sanjuanistas que al resto de sus súbditos. El trato de la dinastía con el cenobio era siempre generoso ya que ningún monarca dudaba, como un documento pone en boca de Pedro I, de que era "el monasterio más preclaro" de todos y sobresalía por encima de los demás<sup>81</sup>.

Insiste también el cronista en presentar a los monarcas como pródigos, no sólo con la Iglesia, sino también con los caballeros, "*con los fidal-*

76. *Ut supra*.

77. Véase C. LALIENA CORBERA, *Pedro I de Aragón y de Navarra*, ed. La Olmeda, 2000, recoge en detalle la muerte del monarca, p. 347.

78. C. ORCÁSTEGUI, *Crónica de San Juan de la Peña*, *ob. cit.*, cap. 16, p. 34.

79. *Ibidem*.

80. CSJP, doc. 159. El monarca distribuía sus bienes muebles (vestidos, copas de oro y plata, cisternas, copas de cristal, y un largo etcétera) en tres partes: una para San Juan de la Peña, otra para rescatar cautivos, reparar y construir fortalezas en la frontera y levantar puentes, y la tercera para otras instituciones religiosas como San Pedro de Roma, Santiago de Compostela.

81. CDPI, doc. 21.



gos et las otras gentes sosmessas a él...”<sup>82</sup>, ya que la generosidad, como dice Guriévich<sup>83</sup>, era una cualidad indisociable del rey y, en general, de todo señor poderoso. Un rey aragonés, como Pedro I, se nos presenta en la crónica aunando dichas virtudes, ya que es bueno y generoso a un tiempo, “e todo quoanto pudo aver de oro e de plata lo dio todo a monesterios e a cavalleros”. Los reyes actúan como ejes que aglutinan en su entorno a nobles, parientes y vasallos, fieles en definitiva, y a través de su generosidad se establece un estrecho vínculo.

La Crónica, además, incorpora en extenso la leyenda de la Campana de Huesca tomada de un desaparecido cantar de gesta compuesto, seguramente, en la segunda mitad del XIII. Ramiro II se presenta como un rey justiciero que fue capaz de sofocar la revuelta de determinados magnates del reino con métodos tremendamente violentos, pero justos y eficaces. La incorporación de dicho pasaje sería alentada por el propio Pedro IV, o su entorno, que también había resuelto sus diferencias con la sublevada nobleza de forma drástica y aún severa. De esta forma, como afirma Laliena, “el mito servía para corroborar que la fuerza de los reyes se transmitía inflexible en el seno de la dinastía y para justificar la magnitud de la represión llevada a cabo en la década anterior”<sup>83</sup>.

Así, mitos, leyendas, fábulas e historias se mezclaron convenientemente en la segunda mitad del siglo XIV para construir el imaginario histórico aragonés, y aún dotar a los aragoneses de sus símbolos de identidad y de sus emblemas, el escudo y la bandera, que era cuánto el reino necesitaba para asentar sus principios y fundamentar su origen, su legitimidad política y su privilegiada protección divina. No en vano la *Crónica de San Juan de la Peña* atribuye el uso de las barras a Alfonso II, quien, acudiendo en ayuda del castellano asediado por los moros en Cuenca “... le liberó del homenaje y de los lugares que por ello tenía, y como buen caballero ayudó a librar el asedio, de donde partió con gran honor y victoria y cambió las armas del rey de Aragón y tomó los bastones».

En definitiva, la Crónica de San Juan de la Peña, como toda obra historiográfica, esconde un proyecto político, real o imaginario, y, en frase de Palacios<sup>84</sup>, ofrecía “un instrumento muy adecuado para objetivar esas nuevas formas de ver las cosas y enraizarlas en la memoria histórica: el cauce de la rememoración a través sobre todo del instrumento del mito”, y suponía una reacción frente al centralismo de la historiografía castella-

82. C. ORCÁSTEGUI, *Crónica de San Juan de la Peña*, ob. cit., cap. 17, p. 35.

83. A. GURIÉVICH, *Las categorías de la cultura medieval*, ob. cit., p. 278.

84. C. LALIENA CORBERA, *La campana de Huesca*, ob. cit., p. 55.

85. B. PALACIOS MARTÍN, “Imágenes y símbolos del poder real en la Corona de Aragón”, obra citada, p. 224 y ss.

na desarrollando una perspectiva aragonesa de la Corona en la que sus monarcas quedaban glorificados.

#### LA CULMINACIÓN DEL NACIONALISMO ARAGONÉS: LA CORONICA DE VAGAD (1499)

La Crónica de Aragón de Gauberto Fabricio de Vagad, compuesta a fines del siglo XV<sup>86</sup>, representa, como dice Orcástegui<sup>87</sup>, la explosión del aragonesismo-nacionalismo, en la que su autor, un monje del monasterio de Santa Fe (Zaragoza) que desempeñaba el cargo de cronista oficial del reino desde 1466, compone una obra tremendamente subjetiva sobre el pasado aragonés, forzando la historia para legitimar la preeminencia del reino frente a los restantes reinos hispanos cuyos historiadores estaban por aquellas fechas afanados, también, en tareas similares<sup>87b</sup>. Aragón era, en el pensamiento de Vagad, el pueblo elegido por Dios, y reconstruye de forma imaginativa –a pesar de que es un humanista con una sólida formación y, por tanto, con un profundo conocimiento de los autores clásicos y de la historiografía peninsular existente hasta entonces– el tiempo y el espacio aragoneses.

La *Coronica* –así llamada por su autor– fue realizada por encargo de los diputados del Reino que buscaban, como recogen las actas de 1496, “*se fiziese una compilación para que quedassen en memoria de los venideros los actos y conquistas que fizieron los que ganaron este regno del poder de los enemigos de nuestra santa fe catholica*”<sup>89</sup>, y fue impresa en lengua vernácula en la imprenta zaragozana de Pablo Hurus en 1499.

El relato abarca desde la elección de Íñigo Arista, tenido por su autor como primer rey de Sobrarbe, hasta Alfonso V, en 1458, y precede a la narración de los acontecimientos unos extensos prólogos de tono laudatorio donde afirma su aragonesismo y la prioridad de Aragón sobre los demás reinos hispanos. Así, el primero de los prólogos lo dedica a cantar las excelencias de España y de los españoles basándose en historiadores

86. Véase R. TATE, *Ensayos sobre la historiografía peninsular en el siglo XV*, ed. Gredos, Madrid, 1970, en concreto las pp. 263-279 están destinadas a “Los escritos históricos de Fr. Gauberto Fabricio de Vagad”.
87. C. ORCÁSTEGUI, “Gauberto Fabricio Vagad y la Historia en el siglo XV”, en *Coronica de Aragón*, edición facsimilar de la obra realizada por Gauberto Fabricio de Vagad, introducción a cargo de María del Carmen Orcástegui Gros, Zaragoza, MDCCCCLXXXVI, pp. 11-29.
88. R. L. KAGAN, “La corografía en la Castilla moderna. Género, Historia, Nación”, en *Studia Historica. Historia Moderna, XIII* (Salamanca, 1995), pp. 47-60
89. Cfr. J. Á. SESMA MUÑOZ, “Estado y nacionalismo en la Baja Edad Media. La formación del sentimiento nacionalista aragonés”, en *Aragón en la Edad Media*, VII (Zaragoza, 1987), pp. 245-273.

clásicos cuyos textos parece conocer, ya que los comenta en amplitud. El segundo prólogo lo dedica a loar y alabar el pasado histórico de Aragón, su *'laus Aragoniae'*, con errores abundantes y fabulaciones asumidas como si de realidades se trataran. En el tercero, el autor acentúa más su mensaje aragonesista, localista y nacionalista, afirmando que el primer poblamiento que hubo en España fue "en los montes *Perhineos*", dedicando especial atención a Zaragoza –definida, como no podía ser de otra forma, como 'cabeza de Iberia'– y a Huesca. Una vez asentada la génesis aragonesa de España, prosigue mitificando los orígenes de la casa real aragonesa, descendiente directa de la realeza goda.

Vagad dice que, para componer su obra, ha consultado los archivos históricos de Montearagón, de Poblet y el archivo real de Barcelona, y nos insiste en que ha manejado otras crónicas anteriores conservadas en los distintos archivos monásticos y reales, como las anónimas de San Victorián y de San Juan de la Peña, así como la de Bernat Desclot, Pedro IV, y Pere Tomich, además de cartularios y documentos diversos. También cita, como fuente de autoridad, a diversos autores clásicos y a los Padres de la Iglesia<sup>90</sup>. El resultado final, independientemente de las fuentes que ha manejado, obedece a una intencionalidad previa de resaltar un aragonesismo propio de quien se sentía obligado a cumplir con un fin propagandístico que también lo encontramos en otros reinos peninsulares<sup>91</sup>.

Es cierto que una buena parte de la información histórica tradicional está recogida en la obra de Vagad que, como acabamos de ver, conoce bien las distintas versiones historiográficas existentes hasta entonces. No obstante, su apasionamiento, su subjetividad son de tal calado que impregnan a toda su obra de un cierto aire de 'superchería' y falacia o, cuando menos, de ser un continuado panegírico, si bien, una lectura de la obra desde el punto de vista antropológico, como la realiza Lisón<sup>92</sup>, es

90. Entre otros, Hesiodo, Suetonio, Julio César, Lactancio, Catón, Demóstenes, Virgilio, Homero, Juvenal, Séneca, y también Plinio, Cicerón, Tito Livio, Ovidio y Quintiliano: hay también glosas de Platón y de Aristóteles, y conoce igualmente a los padres de la Iglesia, san Agustín, san Jerónimo y san Ambrosio.
91. Entre otras obras de Alfonso García de Santa María. Cfr. R. B. TATE, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, ed. Gredos, Madrid, 1970. También B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la Historiografía española*, I, Madrid, 1947.
92. Quiero destacar un extenso, y profundo, estudio de C. LISÓN TOLOSANA, "Vagad o la identidad aragonesa en el siglo XV", en *Kalathos*, 5-6, Teruel, 1985-1986, pp. 265-307. Analiza, a modo de introducción, la trayectoria personal de Vagad, así como las vicisitudes de la propia obra, y las fuentes que maneja, labores que entrañan una enorme dificultad y realiza, a continuación, la parte más interesante de su estudio analizando en profundidad la propia obra, en un estudio que Lisón llama hermenéutico-antropológico, llegando a afirmar que "La *Coronica* es una excepcional creación cultural, de imprescindible lectura para el historiógrafo de la identidad aragonesa. Vagad no es tanto historiador como constructor de la conciencia regional y, por consiguiente, arquitecto de una parcela de la historia de Aragón" (pp. 304 y 305).

capaz de profundizar en los significados simbólicos de la obra y, a través, de ella recrear la imagen del sistema 'aragonés' desde la perspectiva de su autor –extensivo a la aristocracia zaragozana de la segunda mitad del XV– situándola en la “perspectiva cosmológica vigente”.

Desde el primero de sus folios escritos Vagad da muestras del talante de su mensaje, y así el conde don Julián, traidor y responsable de la llegada de los árabes a España, “*no fue godo ni español, sino ytaliano*”, y la célebre ciudad del Ebro, Zaragoza, se perdió pero ... ¡de forma bien distinta a las otras ciudades hispanas!, ya que en estas bastaba la presencia de un solo caudillo, o incluso un renegado –caso de Córdoba– mientras que para ganar Zaragoza tuvieron que reunirse “*los mayores conquistadores del África*”, citando aquí una amplísima nómina de reyes y caudillos árabes.

Prosigue, en el folio segundo, presentando ya todos los mitos fundacionales del reino: el monte Oroel, Jaca, el monasterio de San Juan de la Peña y su legendaria fundación, poniendo a García Jiménez como primer rey de Sobrarbe y, de esta forma, arrebatando la antigüedad a los reyes pamploneses: serían los nobles aragoneses quiénes elegirían a su señor natural, a García Jiménez “*godo real y de sangre de reyes godos venido, y al official que llamaron después Justicia de Aragón para ser como el tercero entre los del reyno y su rey*”.

Aragón es el mejor reino de todo el universo pues tiene los mejores reyes y vasallos, ya que “*en Aragón nunca los vasallos pusieron las manos en sus reyes...*”, presentando pues una Arcadia feliz en la que los súbditos sirven lealmente a su rey “*fasta morir por salvarlo, como en Aragón se ha siempre fecho y se faze...*”. Todos, sin excepción, nobles, libres, villanos, todos gozan de libertad que es, por supuesto, mayor que en Castilla.

Y para qué seguir ..., “los reyes –dice– no pueden escapar de su condición: o son “reyes del cielo”, si acaso mueren en combate, o “reyes en la tierra”, si vencen sus batallas. Fabula luego un amplio discurso del rey a sus nobles, pronunciado ¡claro! en San Juan de la Peña, con un mensaje directo: ¡luchemos contra el infiel invasor!, ¡el triunfo será nuestro!, y por mucho que apele a las fuentes manejadas “*coronicas de Sant Johan de la Peña, y la del cavallero Tomich, ni de otros más ciertos y finos coronistas...*”<sup>93</sup> introduce un antiguo recurso literario, las arengas y diálogos, y a través de ellos un caudal de mitos sobre la elección del rey por los nobles, sobre las leyes e instituciones que, tan antiguas

93. *Ibidem*, fol. 8 rº.

como el propio reino, están por encima del rey que debe jurar fueros y libertades, aspectos que tendrán continuidad en la historiografía de los siglos posteriores. Como afirma Lisón, la *Coronica* no es una historia de Aragón sino que Vagad narra de forma explícita y simbólica la conciencia nacionalista de una amplia élite cultural aragonesa.

Los comienzos del Reino están, ¡como no! fabulados, destacando el buen quehacer del infante Ramiro que salió en defensa de su madrastra, la mujer del Emperador, comienzos tan excelsos que le llevan a decir a Vagad: “*¡Ved que rey primero tuvo Aragón! ¡Ved que tan alto principio, que excelente y famoso comienzo a nuestro reyno le cupo!*”, y ello contrasta, claro, con lo que les sucederá a sus hermanastros, a García y a Fernando ya que “*assí que fizieron con su madre –recuerden que la acusaron de cometer adulterio– assí le fueron los suyos, alevosos, traydores, más fasta sus hijos, que el menor mato al mayor y a traycion, que es peor ...*”<sup>94</sup>.

En suma, estaba en la tierra elegida por Dios, en un territorio montaños, pirenaico, inmutable que contaba con Zaragoza como cabeza del reino, ciudad que albergaba “*la primera capilla de nuestra Señora que ouo en la cristiandad*”, la iglesia zaragozana del Pilar y sus innumerables mártires; estaba, también, en el reino más antiguo de las Españas, fabulando la prelación de Aragón sobre Asturias y sobre Castilla, y haciendo a los aragoneses descendientes del pueblo elegido; era, sin duda, el mejor de los reinos, ya que “*reyno tan excelente y tan noble, que reyno en la Europa no ygual con él, que digo en Europa, mas ni en todo el universo, que en todo el mundo no fayllamos reyno que goze de leyes tan altas, reales y tan justas como el reyno de Aragón*”<sup>95</sup>, y además sus reyes son venturosos, magnánimos y virtuosos, grandes conquistadores –y, cómo no iban a serlo, ya que siempre contaban con ayuda celestial, y la presencia de San Jorge, por oposición a Santiago, está presente en todos los momentos importantes del Reino, desde la batalla del Alcoraz hasta la conquista de Sicilia.

En Aragón, dice, “*los reyes tanto saben del bien obrar que se les olvida luego del saberlo dezir nin quererlo fablar*”, mientras que si fuera un rey portugués o castellano presumiría de sus hazañas.

El tratamiento que da a los sucesivos monarcas de la Corona es desigual, tanto por la extensión, como por su intención. Destaca su

94. *Ibidem*, fol. 25.

95. *Ibidem*, fol. 26 vº.

apasionamiento por la labor de Pedro III el Grande que, a pesar de ser uno de los reinados más cortos (1276-1285), le dedica Vagad la mayor atención (no menos de veinte folios de su obra), seguido por Alfonso V y Jaime I, mientras que a monarcas como Alfonso IV, Juan I y Martín I apenas dedica dos folios.

Aragón se convertía así, como afirma Corral<sup>96</sup>, en tierra de mitos, en la que los intelectuales del momento intentaron hacer de esta tierra un territorio extraordinario, ejemplar, cuasi sagrado, imponiendo conceptos épicos e imaginarios, con componentes fabulosos que se impusieran incluso a la realidad histórica.

La imagen que Vagad proyectaba era, no obstante, y como afirma Lisón, “su versión de la historia de Aragón, lo que antropológicamente significa que Vagad añade una configuración cultural significativa a la historia aragonesa”. Aún va más lejos en su interpretación pues Vagad no sería otra cosa sino el amanuense que recogiera la interpretación de un yo plural, es decir que seguramente los prohombres que eligen al cisterciense “para que cuente la historia del reino, piensan en él como un eco o amanuense de las ideas y creencias que miman y comparten ... Desde esta perspectiva la *Coronica* es una creación cultural elaborada por una élite, es decir por una mini-minoría de la población aragonesa en un momento determinado”<sup>97</sup>.

La *Coronica* de Vagad difundía una imagen mítica de Aragón, como también del rey y del reino; era la tierra de libertades por excelencia, con unos orígenes legendarios que después serían recogidos por la historiografía posterior –casos de Blancas, Martel o Briz Martínez–, en la que “antes hubo leyes que reyes”, aunque éstos últimos, también mitificados, eran heroicos y estaban adornados de toda serie de virtudes morales e, incluso, físicas, y por sus venas corría ‘la sangre real’ ya que descendían de la casa real de Pamplona y, además, contaban con la gracia de Dios, sobre todo tras la coronación en Roma de Pedro II.

Buena parte de la historiografía medieval, aragonesa o no, podemos definirla como «relato tradicional que cuenta la actuación memorable de unos personajes extraordinarios en un tiempo prestigioso y lejano», es decir que se ajusta bien a la definición que del mito ofrece García Gual. Afortunadamente poco tiempo después, y también otro cronista oficial, Jerónimo Zurita, componía sus *Annales del Reino de Aragón*, y esta sí que era ya, en cambio, la primera gran Historia –con mayúscu-

96. J. L. CORRAL, *Mitos y leyendas de Aragón*, ed. Leyere, Zaragoza, 2002, p. 38.

97. C. LISÓN TOLOSANA, «Vagad o la identidad...», ob. cit., p. 305.

las- del Reino, escrita tras más de treinta años de trabajo por *“una persona experta, sabia y provida en coronicas e historias, natural del Reyno de Aragón, el qual tenga especial cargo de escribir, recopilar y ordenar todas las cosas notables de Aragón, así pasadas como presentes, según que a coronicas de semejantes Reynos conviene”*<sup>98</sup>.

98. Acto de Corte de 1548 por el que se designa a Zurita como cronista del Reino. Texto tomado de M<sup>o</sup>. D. CABANES PECOURT, “Los cronistas de Aragón”, en *Quinta Muestra de Documentación Histórica Aragonesa. Cronistas de Aragón*, Gobierno de Aragón, 1992, pp. 13-53.